



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

La elevación de los pensamientos divinos

Exposición del Mensajero del Eterno

NUESTRO querido salvador tiene con nosotros un cuidado muy grande, como lo tuvo antes cuando estaba con sus queridos discípulos. Al pedir Jesús a su Padre por ellos: "Guarda en tu Nombre a los que me has dado, para que sean uno, así Como nosotros", oró también por nosotros. El agregó: "Para que el mundo crea que tú me enviaste".

La manifestación de la unidad en el seno del pueblo de Dios tiene una Importancia capital. Por eso es bueno que la Comentemos continuamente, y sobre todo que procuremos realizarla. En efecto, en el universo todo está maravillosamente establecido sobre él pensamiento de la unidad en todas las Cosas, y con las diversas circulaciones.

La ley universal quiere que cada cosa exista para el bien de la otra, y que todas tengan comunión entre sí, como lo muestra el primer capítulo de *El Mensaje a la Humanidad* de una manera magistral. Podemos así darnos cuenta de que donde existe la unidad divina, todo existe para el bien. Es de esta unidad que depende toda vida, toda fuerza y toda gloria.

En el seno de las grandes ciudades, los seres humanos se han visto también obligados a implantar la unidad en muchas direcciones. Por ejemplo, han tenido que introducir el sentido único para evitar lo más posible los accidentes causados por la intensa circulación de las grandes urbes.

Por lo demás, es en todos los órdenes que los seres humanos, por la fuerza de las circunstancias, deben emplear los métodos que dictan la ley divina y el proceso de la unidad. Se quiera o no, han de servirse de esos métodos, y cuando sólo se hace a medias, el resultado es deplorable.

En efecto, la unidad debe ser completa para que el resultado sea favorable. Por eso, en el universo todo tiene como base la unidad. El Eterno, el gran Dios de los cielos, es el quien da el diapasón. Nuestro querido Salvador, el Unigénito del Padre, vivió también siempre la unidad con el Todopoderoso. Una constatación infinitamente interesante, es saber que todos los hombres de Dios recibieron de su parte la comprensión y el pensamiento de la necesidad de la unidad.

Leemos en los Proverbios, en el capítulo 8, versículo 30, que el Hijo de Dios fue siempre la alegría de su Padre, porque vivió una completa unidad con El. Esta unidad era posible porque el hijo de Dios le tuvo siempre un afecto ilimitado a su Padre.

Como lo sabemos, el amor no es algo que se pueda palpar; es un sentimiento que tenemos en el corazón, y que puede cristalizarse en toda clase de manifestaciones y de cosas

palpables. Cuando le tenemos amor a alguien, le prodigamos toda clase de benevolencias y de abnegaciones, y esto con gozo y dicha. Es el afecto que sentimos en nuestro corazón que nos impulsa irresistiblemente a hacerlo: no es una obligación, sino un gozo.

El inmenso universo es regido por el poder de la unidad: por eso en él reina un orden perfecto. Hasta ahora han sido creados mundos en cantidad, y se crearán aún, y continuamente miles y millones: esto siempre en un orden perfecto, en una magnífica armonía, y en el maravilloso ambiente de la unidad.

¡Y pensar que la bondad divina concede a seres tan limitados en sus posibilidades, tan pequeños e insignificantes como los seres humanos, la capacidad de comprender los caminos del Eterno, de recibir sus revelaciones por medio de su espíritu de gloria!

Es por medio de este espíritu de poder y de sabiduría que los antiguos profetas pudieron comprender algo de la grandeza del Eterno y de su plan inefable. Cuanto más vivieron la unidad con El, más capaces fueron de discernirlo, de comprenderlo y de recibir revelaciones acerca de su grandioso programa.

Dios pone todo en movimiento con el poder de su espíritu. Es El quien hace girar la tierra, esa bola de un peso considerable e incalculable cuando la comparamos con un edificio cualquiera. No obstante, el Todopoderoso la hace circular en el espacio con una facilidad fantástica. Bien podemos decir que es el Todopoderoso, el Dios de toda sabiduría y de todo amor, que mora en una luz inaccesible, que ningún hombre ha visto ni puede ver.

Todo lo que el Eterno ha creado se manifiesta en una armonía grandiosa. Los astros que viajan en el espacio aparecen y desaparecen en épocas regulares, con una puntualidad perfecta y matemática. Hay cometas que sólo aparecen cada cuarenta años, otros al cabo de ochenta o cien años, etcétera.

Cada vez que los cometas han recorrido el ciclo que les corresponde en el espacio, reaparecen al minuto y al segundo, invariablemente, después de haber hecho su habitual paseo, según el orden de la unidad a que están sometidos automáticamente.

Si esta unidad no fuera observada de una manera perfecta, el resultado sería catastrófico: pero no hay nada que temer en esta dirección. Todo está acondicionado de una manera perfecta, con una sabiduría y un poder que no desisten un solo instante.

El Eterno conduce y dirige los mundos. Les da el movimiento por medio de su espíritu, de modo que se muevan en un perfecto orden. Por eso, después de haber viajado a distancias

considerables, desaparecen y reaparecen con una exactitud cronométrica y siempre en el mismo lugar.

Estas constataciones entusiasmantes nos permiten formarnos una muy limitada idea de lo que representa el Eterno como poder, como sabiduría y como ciencia grandiosa. El es el Creador de todas las cosas; pero a pesar de su grandeza y de su gloria, acepta manifestarse a nosotros como nuestro Padre celestial. ¡Qué maravillosa humildad!

Como lo sabemos, todo lo que existe en el universo proviene del espíritu de Dios. Este espíritu se cristaliza de todas maneras, en múltiples formas, en grandiosas manifestaciones de poder y de gloria; pero también en lo más diminuto, en cosas microscópicas que ni siquiera pueden distinguirse a simple vista.

El espíritu de Dios se cristaliza en una infinidad de creaciones, y siempre con una perfección absoluta. En efecto, el principio de la unidad es constantemente observado. Por eso, no hay elementos dispersos en el universo. Todo se mantiene junto y forma un todo.

Cuando consideramos el cuerpo humano, podemos compararlo también a un universo microscópico. Tal cómo lo vemos acondicionado y funcionando, es una manifestación en pequeño de lo que se manifiesta en el universo entero. Por eso tampoco hay elementos dispersos en el organismo humano.

Los órganos forman parte de un todo; tienen mutuo contacto, y son alimentados y sostenidos por las diversas circulaciones que conocemos. Estas procuran al hombre la vida y se la mantienen; le permiten estar consciente de su existencia y desarrollar en sí mismo toda clase de sensaciones y de capacidades.

Si el hombre puede existir, es debido a la manifestación de la unidad que se realiza en su organismo. Especialmente depende de la unidad que él pueda entrar en contacto con el poder del espíritu del Eterno, y tener el conocimiento de su existencia.

Así el hombre puede comunicar con Dios, sentir su amor y a su vez desplegar el amor divino, que puede ser derramado en él por el espíritu santo. Si el espíritu que actualmente dirige al mundo fuera divino y constituido de unidad, el ser humano no estaría dividido en sí mismo; sería una manifestación de perfecta unidad, y no moriría.

Con las impresiones que emanan de su interior, una persona es capaz de percibir y de irradiar a su alrededor el amor divino: es el efecto de la acción del espíritu de Dios, del espíritu de unidad obrando en su corazón.

Cuando un ser humano puede expresar el amor de Dios a una tercera persona, porque

ésta tiene la sensibilidad requerida para recibir sus ondas, ésta lo percibe. Sólo son posibles estas cosas por medio de las circulaciones en el organismo humano que obran armoniosamente bajo el principio de la unidad.

Por tanto, todo en nuestro cuerpo funciona de una manera maravillosa. Cada órgano trabaja en la unidad para el bien de los demás órganos del cuerpo. No hace falta para nada que vayamos a la escuela y nos enseñen cómo hacer funcionar nuestro hígado, nuestro estómago, nuestro corazón, etcétera. Es automáticamente que cada órgano nos presta sus servicios y experimentamos sus beneficios.

Es lo mismo también para nuestros nervios sensitivos, que son una construcción admirable y gloriosa. Es por medio de los nervios sensitivos como somos sensibles y podemos tener comunión con el trono de la gracia divina, percibir las impresiones que nos vienen por medio del espíritu de Dios.

El adversario no ha podido crear nada él mismo, sino sólo imitar lo que ya existía en el universo. Es así como dio a los seres humanos la telefonía sin hilos, que es simplemente una potencia eléctrica que transmite ondas a distancia. Hay un poste emisor, que envía las ondas, y postes receptores que las reciben.

Es así como es posible oír, con una radio en París, a alguien que está hablando en Tokio o en otra parte. Y desde que han establecido los postes de televisión, se puede ver a distancias tan considerables la imagen de una escena que está ocurriendo en Nueva York o en otra parte, esto siempre por medio de las ondas eléctricas transmitidas y recibidas.

En el *Monitor* he mostrado lo que en suma representa la electricidad; es un derivado del espíritu de Dios que materializan con la unificación de ciertos elementos sometidos a una acción, los cuales captan así la electricidad. La unidad es siempre la base de estas realizaciones para hacerlas posibles.

Los seres humanos, en cambio, están separados unos de otros por el hecho de su espíritu egoísta, que es un espíritu de división, el espíritu diabólico. Pero su cuerpo es unido en todas sus partes y en todas sus funciones.

Cada órgano del cuerpo funciona armoniosamente dentro de la unidad pero, como lo he dicho más arriba, su espíritu está en completa oposición con estas manifestaciones de armonía, porque es egoísta. Por este hecho, el hombre no puede existir para el bien de su prójimo ni estar unido con él; tampoco puede existir para el bien de sí mismo y formar un todo unido. Está dividido en sí mismo.

El espíritu de división deja al hombre triste y malhumorado, mientras que el espíritu de unidad, que es un espíritu de amor, da gozo y felicidad. Ya experimenté esta profunda verdad hace unos cincuenta años. Me encontraba entonces en una región donde había muy pobres personas. Dedicé mis domingos a ir a visitarlas para consolarlas. Cuando por la noche regresaba a mi casa, me sentía mucho más consolado aún que ellas mismas.

Es así como descubrí que cuando hacemos el bien en nuestro entorno, este bien se repercute en nosotros en bendición. Esto proviene de que no hemos permanecido aislado en un rincón, sino que hemos buscado la comunión con el prójimo, y deseado su bien.

En efecto, nuestros nervios sensitivos están acondicionados así, según la ley universal: debemos existir para el bien de nuestro entorno si queremos hacernos bien a nosotros mismos. En cambio, si le hacemos el mal a nuestro

prójimo, nos lo hacemos automáticamente a nosotros mismos.

Actualmente, la manera de vivir de los seres humanos es completamente contraria al amor divino, y es lo mismo en las instituciones del mundo. El operario pide un salario: esto es contrario al amor. El financiero procura ganar dinero: es igualmente contrario al amor.

El campesino, el comerciante y el industrial quieren vender su mercancía a cambio de dinero: es también contrario al amor. Por tanto, todo está al revés en este pobre mundo sumido en espesas tinieblas.

Por otra parte, los seres humanos quieren pagar con dinero los servicios que les prestan: conceptúan que esto los dispensa de la gratitud, y dicen: "He pagado, estoy libre". ¡Qué error! Todo esto proviene de la educación diabólica que el adversario ha dado a los seres humanos para torcer completamente su entendimiento y sus sentimientos.

Antes no podíamos discernir estas verdades, porque a nosotros mismos también nos agradaba recibir, y deseábamos también pagar para sentirnos libres. Pero al intentar realizar las condiciones del programa divino, se han abierto nuestros ojos.

Es de esta manera como poco a poco hemos podido discernir todos los engaños y las astucias del dios de este mundo. Este no quiere que los seres humanos estén unidos, porque entonces perdería su poder sobre ellos. Por eso su política es: "Divide y vencerás".

La unidad hace la fuerza del pueblo de Dios; es por ella que el mundo creará y que será ganado. Pues si estamos estrechamente unidos juntos, nos permitirá vencer y ganar al mundo. Es lo que el Señor desea de nosotros. Pues hasta ahora hemos vivido muy poco aún entre nosotros esta unidad.

No obstante, lo poco que hemos vivido nos ha permitido dar ya un magnífico testimonio a los que han entrado en nuestro contacto y que nos observan. Esto nos demuestra que si ahora ponemos todo nuestro corazón en la dirección de la unidad, el mundo podrá creer. Esto no puede ser de otra manera, puesto que el Señor nos lo afirma.

Es evidente que para vivir la unidad divina, hay que abandonar nuestra propia sabiduría, y adquiramos un corazón de niño. En efecto, el Señor nos dice: "Si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los cielos". Incluso es menester que apartemos toda nuestra personalidad a fin de apegarnos al Reino de Dios y a su introducción.

Esta debe ser la meta de todos nuestros pensamientos y de todas nuestras aspiraciones. Entonces no tendremos dificultad en vivir la unidad. Se trata, pues, de copiar siempre del divino modelo, nuestro querido Salvador, que vivió la unidad con su Padre de una manera admirable.

Tan pronto como empezamos a vivir la unidad en nuestro medio ambiente, empezamos a ser unidos con nosotros mismos, porque nos ponemos en armonía con la ley de nuestro organismo. El Todopoderoso nos envió a nuestro querido Salvador, el educador e instructor por excelencia, que enseñó que sin él nada podemos hacer.

El hombre viene al mundo, vive algunos años, y vuelve a la tierra de donde ha sido tomado. Si durante su existencia no ha hecho nada útil, al menos es útil al morir, abonando el terreno con sus restos. Naturalmente, esto nada tiene de interesante ni de confortante.

Pero, gracias al Señor Jesús y a su ministerio, los seres humanos pueden contar con las más bellas y más preciosas promesas. Pues los que corren la carrera del alto llamado pueden incluso adquirir la inmortalidad de la naturaleza divina. Los seres humanos en general pueden así conseguir su destino, pueden llegar a ser hijos de Dios, maravillosas manifestaciones de gloria que honran al Eterno. Entran así en armonía con el universo.

Comprendemos, pues, el significado de la oración de nuestro querido Salvador: "Para que todos sean uno, así como nosotros somos uno; para que el mundo crea que tú me enviaste". Cuando la unidad sea vivida por los seres humanos, el hombre será de nuevo el rey de la creación terrenal. Actualmente es un ser miserable, destinado a la destrucción.

Al vivir esta unidad maravillosa, adquirimos entonces una confianza incommovible. La unidad nos procura la vida, porque al vivirla, nos reconciliamos con nosotros mismos, es decir, con nuestro propio organismo. Ya no lo maltratamos más, por el hecho de que no estamos más animados del espíritu del adversario, que es un espíritu de división, sino del espíritu de Dios, que es un espíritu de unidad.

Naturalmente, no podemos exigir la unidad; debemos manifestarla voluntariamente, de buen grado, por sentirnos atraídos a la gloriosa verdad y a las palabras inefables de nuestro querido Salvador. El es el camino, la verdad y la vida. Nos dice: "El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo".

Procuremos, pues, con todo nuestro corazón vivir esta gloriosa unidad que el Señor nos recomienda. Es así como podremos realizar toda la bendición que el Eterno está deseoso de darnos. Entonces podremos traer a nuestro alrededor un testimonio convincente al introducir el Reino de Dios en la tierra.

Para facilitar a su pueblo, el Señor ha establecido a un servidor fiel y prudente, que le da el alimento a tiempo a su familia. Todas las publicaciones muestran la necesidad absoluta de vivir la unidad, obedeciendo a la verdad.

Por lo tanto, es indispensable vivir esta unidad en las estaciones y en los grupos, también vivir la unidad, en los diferentes grupos y estaciones, con aquellos a quienes el Señor ha encargado del cuidado de que se observe.



Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Hemos realizado la unidad, atraído al espíritu de Dios con nuestros sentimientos, existido siempre para el bien?
2. ¿Hemos podido vencer las sugerencias del adversario y el descontento, ayudar al prójimo, propiciar por él y emitir ondas divinas?
3. ¿Ha podido acompañarnos el espíritu de Dios al realizar la dulzura y la humildad?
4. ¿Hemos podido desarrollar el altruismo, sentir la aprobación del Señor, sido una fuente de consuelo y de confortamiento?
5. ¿Hemos podido poner a un lado nuestra sabiduría personal, ser agradecidos, y confiar en el Señor?
6. ¿Hemos renunciado en cada ocasión, y dado así un testimonio estimulante de pureza y de sumisión de un hijo verdadero?